TRIBUNA

ANTE LA SEMANA SANTA

La presencia militar debería desaparecer completamente porque el militarismo es incompatible con el mensaje de paz que ha de ser siempre una cofradía en la calle

Cultura de la Vida

ISIDORO MORENO
CATEDRÁTICO DE ANTROPOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

HE escrito repetidas veces que la Semana Santa andaluza, y en particular la de Sevilla, es la gran fiesta de la vida. Tanto porque, para nosotros, significa lo que en muchas otras culturas fueron los grandes ritos de la primavera, de la renovación de la naturaleza, como porque, también, lejos de ser una celebración religiosa exclusivamente dolorista, como ocurre por ejemplo en Castilla, en ella se adelanta la alegría de la Resurrección, es decir, de la Vida con mayúscula, desde la rememoración de la pasión y muerte del Justo.

Además de ser un "hecho social total", que diría Marcel Mauss –porque en sus diversas dimensiones se ponen de manifiesto los elementos sociales y simbólicos centrales de nuestra sociedad y nuestra cultura, en mil diversas expresiones construidas sobre una misma estructura común–, se trata de una celebración no sólo religiosa, estética y masiva, sino, quizá sobre todo, profundamente identitaria: en ella activamos la adscripción a nuestra familia, a nuestro barrio (actual o pretérito), a nuestra ciudad y a ese colectivo heterogéneo que es siempre una hermandad, una cuadrilla de costaleros o una bulla en la calle.

Las imágenes de las cofradías y la celebración misma, en sus diversos e incluso a veces contradictorios contextos, son polisémicas, es decir poseen una multiplicidad de significados que son muy difíciles de entender desde ideologías dogmatizadas o desde ámbitos externos al de la cultura andaluza.

Podríamos decir, pues, que nuestra Semana Santa responde a una Cultura de la Vida que es, por propia definición, incompatible con la Cultura de la Muerte. Es una Cultura de la Paz enfrentada, sin consenso posible, con la intolerancia, la violencia y la guerra. Por eso, en una fiesta en la que cabe casi todo, no tienen cabida, o no deberían tener-la, cuerpos armados, bayonetas, ni uniformados profesionales de la guerra. Y menos este año en que, tanto el clamor popular en Andalucía y el mundo como la pastoral del arzobispo y las repetidas declaraciones del Papa están contra la guerra ilegal, inmoral y obscena que, mientras nosotros nos preparamos a vivir nuestros días grandes, sigue destruyendo a un pueblo desdichado cerca de la tierra que pisó el Nazareno.

La incorporación de tropas desfilando tras los pasos, o incluso delante de algunos de ellos como ocurre en Málaga, se produjo en aquellas épocas del siglo XIX y durante las dictaduras del XX en que el poder político autoritario, basado fundamentalmente en la fuerza, quiso manipular la fiesta popular de la Semana Santa para intentar conseguir que ésta legitimara a aquél por la vía de la incorporación al ritual de cuerpos armados. Algo no demasiado distinto a lo que significa la actual multiplicación de "representaciones oficiales": de personajes y personajillos a cara descubierta en las presidencias de los pasos, que no es sino una manera, burda pero parece ser que eficaz, de atraer la atención de la gente, incluso robándola a las imágenes, con la lamentable complacencia de algunas cofradías que creen con ello dar mayor esplendor y notoriedad a su procesión.

No se trata de prohibir, porque bien pasados están los tiempos de autoritarismo y baculazos, pero nadie debería participar en la comitiva de una cofradía sin la túnica nazarena

Nadie debería participar en la comitiva de una cofradía en la calle, salvo los acólitos, sin la túnica nazarena. En mi opinión, no se trata de prohibir, porque bien pasados están los tiempos de autoritarismo y baculazos, las representaciones de instituciones democráticas, cuando ello esté justificado, sino de que quienes acompañen a una cofradía en su estación lo hagan sin constituirse en espectáculo, o sea, vistan el hábito de ésta, como hace, por ejemplo, el rector de la Universidad de Sevilla en la cofradía de los Estudiantes. Lo cual debería ser también válido para párrocos, canónigos y otros miembros del clero, con la sola excepción del arzobispo: que vistan la túnica u ocupen el lugar litúrgico que les corresponde, hoy casi desaparecido, de preste tras el paso. La presencia militar, en cambio, sí debería desaparecer completamente porque el militarismo es incompatible con el mensaje de paz que debe ser siempre una cofradía en la calle. Las únicas milicias aceptables en las Semanas Santas andaluzas son las de los *armaos* de la Macarena, el Imperio Romano de Puente Genil y otras semejantes. Quienes gusten de desfiles militares, que se compren una colección de soldaditos de plomo y jueguen con ella en sus casas.

Son las propias hermandades, sin esperar a que se las inste desde fuera, las que deberían acordar la eliminación de tanta obscena, y a veces ridícula, exhibición de uniformes, chaqués, armas y guardaespaldas, que desnaturalizan los significados de nuestra Semana Mayor. Y hora sería también de eliminar tanto fajín de general, en algunos casos de golpistas cruentos, como se obliga a llevar a algunas de nuestras Vírgenes más populares. Más adecuado sería que llevaran, sobre todo este año, un lazo o pañuelo negro, en recuerdo de tantas víctimas inocentes como diariamente la guerra y otras formas de violencia producen en el mundo. O, si se prefiere, un lazo blanco como mensaje y propuesta de paz. Estoy seguro de que este gesto simbólico acercaría a las cofradías aún más a la sensibilidad de nuestro pueblo. Y nuestras Dolorosas se sentirían mejor en sus pasos: más lejos del poder y la violencia y más cerca de sus hijos. El goce legítimo de nuestra Semana Santa sería, así, más plenamente, una reafirmación en la Cultura de la Vida y un rechazo a todas las violencias desde nuestra mejor tradición y utilizando nuestras propias expresiones culturales.

recorridos

La derrota de la victoria

Salvador Compán

ALGUIEN había olvidado el periódico sobre la mesa de una cafetería y lo ojeé por hábito. En su interior, me llamó enseguida una foto la atención, quizá porque entre las imágenes convulsas de la guerra esa foto tenía algo de isla. Mis ojos venían de la portada del diario donde los marines envolvían la cabeza de una estatua de Sadam con una bandera norteamericana un poco antes de derribarla. Habían encontrado presa por fin los soldados: la guerra se justificaba con una soga alrededor del cuello de la estatua y un derribar el inmenso muñeco de bronce, ya que el tirano real parece ser tan inencontrable como sus armas químicas y bacteriológicas.

Tantos muertos para matar a una estatua, me sugirió al oído mi propia ingenuidad mientras mis ojos saltaban a las páginas interiores para pasear por nuevas imágenes de crispación–también se referían a la guerra– y, de pronto, casi sin querer, se paraban en la fotografía de la que les hablaba al principio: un rectángulo de sosiego, una guerra al revés. La imagen era de un formato generoso, venía firmada por Emilio Morenatti y en ella podía verse a la consejera de Obras Públicas en un espacio desolado. No era la desolación de los misiles, era otra desolación inversa. Era la desolación del silencio.

En el regular espacio del Parlamento andaluz la consejera, de perfil, en el estrado, se enfrentaba a la delicada piel de los sillones vacíos. Hubiera hablado literalmente para un hueco, para un alineamiento de mesas y micrófonos, si tanta soledad no hubiera sido negada por la presencia, casi misericordiosa, de un diputado que acompañaba el discurso y el desvalimiento de la consejera. Ese diputado era el único justificante de sus palabras, el único receptor del texto que ella estaba leyendo. Pero ni siquiera salvaba las formas porque el diputado en cuestión leía a su vez el periódico. Y ya no pude salir de esa imagen. Algo en ella me inquietaba, tal vez porque estaba viendo una metáfora de la incomunicación en un lugar hecho con el único fin del diálogo.

Así que la portada del periódico teatralizaba la guerra y la victoria, y ésta del interior teatralizaba la inutilidad de las ideas. La primera remitía a la violencia y la segunda al silencio y, sin embargo, las dos tenían un perturbador parecido: las dos representaban un modo definitivo de derrota porque las dos condenaban a muerte a las palabras.

la ciudad y los días

...Y al XXVIII año resucitó

Carlos Colón

VULNERA el Plan Estratégico 2010 y el PGOU. Desmiente las promesas del PA al construir un centro comercial en lo que iba a ser una gran plaza pública. Deja por embustero al PSOE, que había anunciado la progresiva peatonalización del centro histórico. Lógico: es lo que se corresponde a la política de cortinas de humo, mentiras estratégicas y trolas electoralistas. Lo siento por quienes creyeran en la realidad de los planes estratégicos y en la veracidad del PA y del PSOE. En vez de lo estudiado, anunciado, planificado o prometido los sevillanos nos encontramos con el mercado enterrado, la intensificación del tráfico tanto en lo que se refiere al transporte público (se mantienen las paradas de autobuses) como al particular (se crea un parking rotatorio de 546 plazas), la entrega de lo público (el suelo) a los intereses de una empresa privada (el centro comercial) y la brutal implantación de un adefesio arquitectónico en pleno casco histórico.

El proyecto es de tal calibre que hasta quienes a estas alturas ya no nos sorprendemos de lo que hagan los andalucistas con la aquiescencia de los socialistas nos hemos quedado atónitos al ver cómo se viola a la ciudad metiéndole en su centro esta plaza dura tipo Plaza de Armas, este centro comercial a lo Nervión Plaza, este complejo de rampas, escaleras y tiendas que parece importado de los centros comerciales de las playas. ¡Qué bestia!, es lo único que cabe decir. Para mi generación es como un terrible regreso al pasado: desde el franquismo no se había hecho nada igual. Es más, hasta simbólicamente prolonga el horror de la calle Imagen como si quisiera aproximarlo al horror de Villasís y borrar lo poco de la Sevilla de verdad que allí queda.

Retorno al pasado: la maldición de Imagen se prolonga. El proyecto de la Encarnación resucita el franquismo urbanístico y las operaciones devastadoras de los 60 y 70 en pleno casco histórico

Escribí una vez, y lo repito ahora, que desde los munícipes franquistas nadie le había hecho tanto daño a Sevilla como los andalucistas. Ahora, ya de del todo, lo resucitan como Vizcaíno Casas en su fascio-novela *...Y al tercer año resucitó*. En este caso ha sido al vigésimo octavo, pero el caso es que aquel espíritu ha resucitado y que estamos a punto de volver a ver, si no lo evitamos, lo que creíamos que nunca volvería a pasar. Porque lo de las losetillas y la arquitectura de confitería puede tener arreglo, pero lo de la Encarnación, si se llegara a hacer, le amputa a Sevilla un trozo de su cuerpo y le implanta una prótesis monstruosa que ya no se le podrá quitar.

Lo de la calle Imagen no era sólo una cicatriz, como creíamos, sino una herida abierta que vuelve a sangrar por la Encarnación; y lo que representa –incluida la postergación de la conservación y habitabilidad de la ciudad a los intereses particulares– no era una pesadilla de la que habíamos despertado con la democracia, sino una realidad que vuelve a actuar levantando un complejo comercial en pleno casco histórico. Lo dicho: al vigésimo octavo año –XII Año Triunfal Andalucista– resucitó el franquismo urbanístico en Sevilla.

→ccolon@diariodesevilla.es